

# SOBRE EL EROTISMO: ENTREVISTA CON AZANCOT

Comentarista político, crítico literario y de arte, parece ocioso presentar al sevillano LEOPOLDO AZANCOT. Desde las páginas de *INDICE* —revista de la que fue subdirector— y ahora desde el suplemento bibliográfico de *LA ESTAFETA LITERARIA* —que él dirige— viene dando fe de ser uno de los escasos críticos españoles capaces de relacionar la literatura y el arte con la vida.

Ahora AZANCOT es actualidad por el insólito estudio en el que desvela —por medio de la Cábala y la mística sufi— la obra de JUAN EDUARDO CIRLOT, un poeta herético y maldito. Mañana lo será, sin duda, por sus libros de próxima aparición, *EL EROTISMO EN EL COMIC* y *EL EROTISMO EN LA PINTURA ESPAÑOLA*.

Actualmente LEOPOLDO AZANCOT es director de publicaciones del *Instituto de Sociología y Desarrollo de la Región Ibérica (ISDIBER)*, secretario de los Premios de la Crítica y miembro de la *Association Internationale des Critiques Littéraires*.



L. I. R.—*A escala internacional se vive hoy una verdadera revolución en el terreno de lo erótico. ¿Cree que España ha sido alcanzada ya por ese movimiento liberador? Y en caso afirmativo, ¿hasta qué punto?*

AZANCOT.—Sí, la revolución sexual ha llegado a España como consecuencia de un conjunto de causas conocidas por todos: la ruptura del aislamiento en que vivió el país durante los años de la postguerra, la invasión del turismo extranjero y el desarrollo del turismo interior —ya se sabe que el «hombre de vacaciones» se siente liberado de las coacciones sociales, sobre todo si se encuentra en una región distinta de la suya—, el crecimiento y la extensión de los medios de comunicación de masas y, desde fecha reciente, la utilización por el Poder de la permisividad erótica como *ersatz* de la libertad política. A estas causas hay que añadir otra, que yo considero fundamental: la postura adoptada por la Iglesia frente a la Guerra Civil le ha hecho perder su carisma

ante las masas; este proceso de auto-desmitificación indeliberada se extiende hoy no sólo a los clérigos —el anticlericalismo es muy antiguo en España—, sino a cualquier principio por ellos sustentado.

Dada la multiplicidad de estas causas y el distinto grado de incidencia de cada una de ellas sobre las diversas capas sociales, no se puede generalizar al responder a la segunda parte de la pregunta. Sí cabe decir, sin embargo, que coexisten hoy en el país posturas extremadamente antagónicas con respecto a la liberación erótica: junto a las desprejuiciadas relaciones sexuales de parte de la *juventud universitaria* se producen reacciones tan arcaicas como la de ese guardia que hizo retirar de un escaparate una reproducción de la *Maja desnuda*, de Goya, por considerarla pornográfica. El Estado, por su parte —como queda dicho—, tiende, para hacer frente a la presión social liberalizadora, a canalizarla hacia el terreno de lo erótico, a fin

de aliviar así la tensión a que se ve ve sometido.

Si comparamos la España de los años 40, en la que no se podía permanecer en la playa sin albornoz, con la España de hoy, en la que se acaba de autorizar el desnudo cinematográfico, hay que convenir en que el progreso ha sido grande. Si comparamos, en cambio, nuestra situación actual con la de cualquier otro país europeo, el entusiasmo decrece. Y no sólo porque la diferencia al respecto entre España y Suecia, por ejemplo, sea enorme, sino también porque la tímida liberalización española se ha producido más en el terreno de los hechos que en el de las ideas: se permiten ciertas cosas —y uno se las permite— pero no se las justifica. Esto puede producir desequilibrios interiores graves. Hay, en consecuencia, que «mentalizar» a los más en el sentido de la libertad, hacerles comprender que desde un punto de vista no religioso son absolutamente legítimos

todos los modos de relación sexual que no dañen a terceros.

L. I. R.—*Las causas de la secular represión sexual, ¿son todas ellas religiosas?*

AZANCOT.—No. Y hay que especificar, además, que la única religión estrictamente represiva desde un punto de vista sexual es la cristiana, con sus primigenias obsesiones escatológicas, que le permitieron forzar la identificación de la carne y el mal —tan extraña al judaísmo— hasta límites inverosímiles.

Junto a las causas religiosas hay otras, socioeconómicas y políticas: más importantes las socioeconómicas en el pasado, más influyentes las políticas hoy. En efecto, siguiendo a Engels, podemos sostener que la monogamia de la mujer tuvo su origen en la instauración de la propiedad privada de los medios de producción; y, siguiendo a Caruso, que la exaltación de la continencia sexual, con sus exigencias demasiado elevadas, motiva el que las leyes, aceptadas por el superego individual, sean constantemente transgredidas, con lo que el hombre aislado se siente incapaz y culpable. *"Evidentemente —sostiene el gran psicoanalista—, una comunidad de culpables se deja manipular más fácilmente que una sociedad libre, de hombres conscientes de sí mismos: el hombre culpable busca aliviar su sentimiento de culpabilidad acrecentando su rendimiento y sintiéndolo como castigo y redención."*

La validez de estas ideas de Caruso, que desplazan los motivos de la exaltación de la continencia sexual de lo económico —considerado por Freud, y hasta cierto punto por Marcuse, como origen de la misma— a lo político, es refrendada por el hecho de que las dictaduras de todo tipo hayan exacerbado siempre la represión sexual y de que los revolucionarios de todo tipo y país —piénsese en el papel jugado por los libertinos del siglo XVIII en la gestación de la Revolución Francesa, la cual, según un socialista utópico como Fourier, fracasó porque los revolucionarios de 1789 se plegaron ante el sacrosanto matrimonio— la hayan combatido incansablemente, movidos por la convicción de que la libertad política y libertad sexual

son términos sinónimos: *mientras más hago el amor, más ganas tengo de hacer la Revolución*, rezaba un letrero escrito por mano anónima en la fachada de una casa del París contestatario de 1968.

L. I. R.—*¿Posee Andalucía, en el terreno de lo erótico, características que la diferencian del resto de las regiones españolas?*

AZANCOT.—Por supuesto. En el terreno de lo erótico y en todos los demás. Pero, ciñéndome al tema: Andalucía es la única región española donde yo encuentro una verdadera cultura erótica. En el resto del país no se distingue entre sexualidad y erotismo; es decir, entre el hecho fisiológico del sexo y ese mismo sexo trascendido —que no negado— por la imaginación y el sentimiento. En Andalucía, en cambio, se sabe bien lo que es el erotismo —a todos los niveles, como lo prueban los cantes del pueblo—, y se lo cultiva. La figura de Don Juan no es sevillana por casualidad. ¿Y qué decir —para limitarnos a los tiempos recientes— de esa tradición poética andaluza que nace con Bécquer, pasa por Antonio Machado y por Juan Ramón

Jiménez, y culmina en la obra de Lorca, de Alberti, de Cernuda? No olvidemos, por otra parte, que el más grande pintor erótico de todos los tiempos, Picasso, era malagueño.

Las causas de la existencia de esa cultura erótica andaluza son muy numerosas. Ante todo, el clima, que mantiene la sangre despierta, que fomenta el semidesnudo, y el culto a la belleza física. Luego, el carácter imaginativo del pueblo andaluz —debido a ese carácter, los andaluces son tenidos por exagerados o mentirosos en las otras regiones—; y ya se sabe el papel fundamental que juega la imaginación en el erotismo. Después, las condiciones socioeconómicas, terribles, que han desviado al pueblo andaluz del apego a la propiedad —inalcanzable para tantos—, haciéndoles exaltar una libertad— recuérdese el auge del anarquismo en nuestras tierras— que, por ser tal, no es limitativa, y se extiende, en consecuencia, a lo amoroso. Por último, la prolongada coexistencia en la región de tres culturas: la árabe, la hebrea, la cristiana, con el sentimiento de relativismo de todos los valores consiguientes —se palpa, por así decir, que hay muchos caminos para realizar lo humano—, y, lo que es más importante, la supervivencia subterránea de ideas y costumbres musulmanas y hebreas, aun en nuestros días. Y no se olvide que la cultura musulmana era intensamente erótica —lo era hasta su mística, que tomaba en ocasiones la contemplación de un muchacho o una muchacha bellos como punto de partida en el camino hacia Dios—, y que también lo era la hebrea. Sí, la hebrea, tan alejada en su moral de la cristiana. Señalaré una anécdota significativa al respecto: Cuando los rabis Rab y Nahman llegaban a una ciudad extranjera —estoy hablando de los tiempos en que se formó el Talmud—, lanzaban un proclama pidiendo mujeres —en plural— dispuestas a permanecer casadas con ellos durante el período, siempre breve, que pasaran en la misma. A la visto de esto, ¿cómo se atreven algunos a hablar hoy de una moral judeo-cristiana? Algo así nunca ha existido.



(Entrevista realizada por Fernando ORTIZ)